

María, imagen perfecta de la Iglesia, Madre de Dios y Madre nuestra

No conozco con detalle, porque no la he vivido “in situ”, la representación del Misteri d'Elx. Conozco, sí, su Basílica, la Casa de Santa María, y he rezado y celebrado en ella en varias ocasiones.

Pronto, si Dios quiere, el día grande de agosto, sintonizaré con los cantos y oraciones que allí se elevan a la Mare de Déu, elevada en cuerpo y alma al cielo.

De María habló el Papa Juan Pablo II en mil ocasiones, con elocuencia de maestro y con ternura de niño. Él fue el Papa del “Totus Tuus”, el todo de Ella.

En el año 1984, Domingo I de Cuaresma –busco una referencia al azar–, nos recordó que María es la imagen perfecta de la Iglesia: **Criatura de corazón nuevo**, anunciada por los Profetas. “Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo” (Ez 36,26). En su Inmaculada Concepción. En su Anunciación. Virgo semper fidelis. Sponsa et Mater... ¡Fidelidad y amor!

Mujer atenta y solícita a las necesidades de los hombres: visitando a su prima Isabel, en las bodas de Caná, en la acogida maternal al discípulo Juan y, en él, a todos nosotros. Abogada desde el cielo, hoy y siempre.

Discípula que sabe escuchar y orar. Virgen del sacrificio silencioso. Simeón, espada. Su Sí de la Anunciación sería el Sí de la Pascua para Ella y para todos nosotros...

En cuanto elegida del Padre, para ser Madre de su Hijo, por obra del Espíritu, María – Inmaculada y, por lo mismo, Asunta– nos dignifica a nosotros, los humanos, los pequeños, los pobres, que nos sentimos unidos al “Primogénito entre muchos...”, gracias a esta Mujer, que engendró a Jesús y favorece a los hombres humana y espiritualmente.

“Si Ella es hija del Padre –escribía Mons. Lahiguera–, es también Mediadora ante el Padre; si es Madre del Hijo, se impone al Hijo con su omnipotencia maternal; si es Esposa del Espíritu Santo, la esposa tiene poder sobre el corazón del esposo. Entonces, todo por manos de Ella, pasa todo, absolutamente todo”.

Conocer a María **como mujer creyente**, que se fió plenamente de Dios con el “fiat” generoso que la mantuvo siempre abierta a las inspiraciones del cielo, es tanto como dejar a un lado nuestras posibilidades humanas, siempre limitadas, y fiarnos únicamente del Todopoderoso. Él es Señor del tiempo y de la eternidad. Él conoce la interioridad del corazón y del alma. Para Él, el presente se identifica con las perspectivas del futuro y Él, por omnipotente y eterno, tiene al alcance de la mano todo lo bueno, lo conveniente, lo adecuado. Nosotros somos quienes hemos de mendigar en cada momento lo que nos conviene, aunque no siempre sea lo que nos gusta.

Fijándonos en María, **mujer creyente, dócil al Espíritu, atenta a la Palabra de Dios y pronta siempre a responder** afirmativamente a sus mociones, caminamos por el camino de la vida con fe sincera, amor fraterno y esperanza firme. Es decir, casi sin pretenderlo estamos viviendo la vida que se nos va de las manos en la tierra, pero que viviremos en plenitud con gozo indefectible en el cielo.

¿No luchan muchos hoy por esta consecución y este renombre? ¿Por este laurel y este triunfo? Al alcance de la mano lo tenemos los cristianos si vivimos la devoción honda y sentida, personal y comunitaria, a Santa María la Virgen. Con una u otra advocación a la vista, con unas u otras prácticas de devoción. Con amor hondo y filial.

Elche, y con Elche su entorno, la Diócesis de Orihuela-Alicante, media España y parte del extranjero, miran en agosto a esta imagen, bendita y venerada, de Santa María, por lo que es y por lo que Ella nos ofrece.

La hicieron hermosa las Tres Personas divinas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Las Tres son omnipotentes, eternas, maravillosas. Las Tres se volcaron en María:

El Padre, como creador y providente. Como Padre.

El Hijo, como fruto de sus entrañas un día. Como Salvador del mundo, de todos los hombres y mujeres de la historia. Por lo mismo, también de María, su Madre, preservada de toda mancha, limpia, pura, Inmaculada. ¡La Inmaculada!

El Espíritu, en cuanto Santo y santificador.

La hicieron hermosa desde la eternidad y siguen queriéndola así. Inmortal y gloriosa en el cielo, participa de la riqueza y de la felicidad que allí se respira, que allí se comparte, que todos los bienaventurados disfrutan. Que a todos hace felices, dichosos, ¡santos!

La belleza humana pasa con los años... La de Santa María, Virgen y Madre, permanece siempre.

“En la persona de María, en su rostro –escribe el P. Galot, profesor ilustre de la Gregoriana– pone la mirada el cristiano que reza el rosario. Esta recitación es un homenaje que se eleva hasta la Virgen llena de gracia, hasta la Madre de Dios”.

A handwritten signature in black ink, appearing to read '+ Rafael Palmero Ramos', with a stylized flourish at the end.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante